

# Oaxaca: del porfiriato a la Revolución 1902-1911

FRANCIE R. CHASSEN-LOPEZ

Los temas del porfiriato y la revolución adquieren matices distintos en la tierra de Juárez y Díaz que en el resto del país. La historia oficial en México ha satanizado al porfiriato haciendo de él una época de tinieblas de la cual surgió la revolución, salvadora de la nación. No obstante, los oaxaqueños se han resistido a aceptar tal versión. Primeramente, Porfirio Díaz fue oaxaqueño y es bien recordado en su estado natal; y segundo, la Revolución mexicana tuvo una trayectoria particular en la entidad, la cual reasumió su “soberanía” en un intento de mantenerse al margen de la revolución para seguir viviendo su *statu quo* porfirista. Para los oaxaqueños, la revolución vino del norte para arrebatarnos la dominación política que los hombres del sur habían ejercido sobre el Estado mexicano desde la reforma. La revolución marcó el fin de la dinastía oaxaqueña; por eso, en Oaxaca no fue vista precisamente como salvadora.

Muchas de las nuevas investigaciones sobre historia regional del porfiriato y de la revolución se han centrado sobre los estados del norte y del centro de la república. Listarlos ahora sería una obra impresionante. El sur también ya ha sido objeto de investigaciones nuevas que han dado lugar a estudios sobre Guerrero, Chiapas, Tabasco, Yucatán y, más recientemente, Oaxaca.

No obstante, la historia de Oaxaca es muy poco conocida. Hay algunos excelentes estudios sobre la época colonial, y menos, sobre el siglo *xx*, pero no existe ni siquiera un estudio sobre el porfiriato, y la revolución ha recibido un trato deficiente. Esto explica el hecho de que se tenga sobre Oaxaca una serie de ideas generales que no han sido investigadas rigurosamente. Cuando los autores de la nueva corriente de estudios regionales tratan de realizar análisis comparativos de varias regiones, la imagen que emerge de Oaxaca es vaga y estereotipada.

Hasta 1985, la obra más conocida que trataba directamente sobre la Revolución mexicana en el estado de Oaxaca era la que Alfonso Francisco Ramírez escribió en 1970 para la colección del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.<sup>1</sup> Conocido jurista oaxaqueño,

<sup>1</sup> Alfonso Francisco Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana en Oaxaca* (México, D. F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1970). Hay un estudio de Guillermo Rosas Solaegui, *Oaxaca en las tres eta-*

Ramírez no encajó su estudio en la visión generalmente "constitucionalista" de esta colección. Su padre había sido un "soberanista" importante, y la visión del libro se enfocó, evidentemente, a presentar una versión más comprensiva de esa corriente anti-carrancista. El libro carece de investigación en fuentes primarias y es fundamentalmente un tratado político-jurídico del asunto.

En 1975 apareció en los Estados Unidos un artículo del antropólogo Ronald Waterbury intitulado "Non-revolutionary Peasants: Oaxaca Compared to Morelos in the Mexican Revolution".<sup>2</sup> Aunque basado en fuentes secundarias, este artículo se volvió rápidamente la fuente fundamental para caracterizar a Oaxaca durante la revolución. Waterbury consideró a Oaxaca como un estado tradicional, y motejó a sus campesinos de "pasivos" y "reaccionarios", dos adjetivos con una alta carga emocional, que harían eco en obras posteriores. Los oaxaqueños salieron terriblemente mal parados en comparación con los campesinos verdaderamente revolucionarios, los zapatistas, de Morelos.

Las etiquetas son fáciles de acuñar y difíciles de quitar; raras veces ayudan mucho en la explicación de los procesos históricos. Pero, francamente, no se trata de reivindicar a los campesinos oaxaqueños comprobando su fe revolucionaria. Más bien se precisa señalar que ahora que se está investigando seriamente el caso, se tiene que cuestionar la visión imperante sobre Oaxaca. Lo que intenta hacer el estudio que aquí se introduce es poner las bases económicas, sociales, políticas y culturales para un análisis concienzudo de la sociedad oaxaqueña a principios del siglo. A partir de esto se podrá, entre otras cosas, empezar a desglosar la diferenciación social del campesinado y comprender su actuación durante los años revolucionarios (y en qué medida las luchas de los zapatistas o villistas tuvieron o no relevancia en la tierra de Juárez).

Así es que el caso oaxaqueño es desconocido aun entre esa corriente revisionista de estudios regionales que está contribuyendo a construir una nueva visión del porfiriato y de la revolución. Se repite incansablemente la versión de la Oaxaca provinciana, atrasada, poblada por comunidades indígenas aisladas; tal vez es lo que más se conoce de Oaxaca después de haber sido el estado que entregó a Juárez y a Díaz a la nación. Pero, ¿cómo se explica una integración política tan temprana al Estado nación, de una región con tan marcado atraso económico? Hasta los estudios más

*pas de la Revolución Mexicana* (México, 1965) que da la versión carrancista, pero es muy poco conocido. Más recientes son los artículos de Paul Garner sobre la soberanía: "Federalism and Caudillism in the Mexican Revolution: The Genesis of the Oaxacan Sovereignty Movement (1915-1920)" en *Journal of Latin American Studies*, 17:1, mayo, 1985 y "Autoritarismo revolucionario en el México provincial: el carrancismo y el gobierno preconstitucional en Oaxaca, 1915-20" en *Historia Mexicana*, vol. XXXIV, núm. 2 (134), octubre-diciembre, 1984.

<sup>2</sup> Ronald Waterbury, "Non-revolutionary Peasants: Oaxaca Compared to Morelos in the Mexican Revolution" en *Comparative Studies in Society and History*, 17 (1975), pp. 410-42.

recientes de Paul Garner sobre la soberanía afirman que en el porfiriato no hubo “transformaciones dramáticas ni en el modo de producción agrícola predominante ni en el sistema de tenencia de la tierra, ni en la forma de las organizaciones sociales o políticas en el estado” y que Oaxaca parecía mantener “la imagen de una sociedad provinciana y atrasada, resistente al cambio”.<sup>3</sup>

David Brading, en su “Introducción” a *Caudillos and Peasants*, se refirió a la “pasividad” de Oaxaca; e Ian Jacobs, en la “Introducción” a su libro sobre Guerrero, citó directamente a Waterbury sobre la “falta de actividad revolucionaria en Oaxaca” (aunque mencionó la importancia de la retención de las tierras comunales). William Beezley, en sus “Conclusiones” a Benjamin y MacNellie, *Other Mexicos*, subrayó el “olvido porfiriano” de su estado nativo. Aunque Alan Knight se esforzó en integrar a Oaxaca en sus análisis, privilegió también la imagen indígena y atrasada. John Hart, más recientemente, se preocupó por incluir a Oaxaca en su síntesis del proceso revolucionario. Encontró nueva información sobre levantamientos revolucionarios en el Istmo, pero ignoró la actividad en otras regiones pues, aparentemente, no tenía noticia del movimiento soberanista.<sup>4</sup>

La síntesis más nítida de esa imagen de Oaxaca la configuró Ramón Eduardo Ruiz en *La gran rebelión*:

Los partidarios exaltados de la rebelión gozaban de poco apoyo en el México atrasado, como lo demuestran las historias de Chiapas y Oaxaca. La mayoría de los estados del sur, que habían permanecido al margen de la marea de la modernización, se unieron a la rebelión sólo tardíamente. Únicamente Morelos, que había sido al mismo tiempo víctima y beneficiario de la llegada del ferrocarril y el desarrollo de una industria azucarera moderna, expresó una protesta temprana. Mientras tanto, los habitantes de Oaxaca, más representativos de los mexicanos del sur, observaron desde lejos la caída de Díaz y sus consecuencias. Aislados del centro de la República por las montañas y por la falta de carreteras, los campesinos de Oaxaca, a menudo indígenas en su lengua y sus actitudes, permanecieron pasivos. Ningún monstruo agrícola como la industria azucarera de Morelos los había expulsado de sus tierras, Oaxaca tenía más de medio millón (*sic*) de aldeas, casi todas sobrellevaban una existencia marginal, pero no por falta de autonomía política. Al igual que en Oaxaca, la inmunización contra la epidemia del progreso mantenía la paz en la mayoría de los estados del sur. En las provincias fronterizas, al

<sup>3</sup> Garner, “Federalism...”, pp. 117-18.

<sup>4</sup> David Brading, editor, *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1980), p. 15; Ian Jacobs, *Ranchero Revolt* (Austin: University of Texas, 1982), xix-xx; William Beezley in Thomas Benjamin y William McNellie, editores, *Other Mexicos* (Albuquerque: University of New Mexico, 1984), p. 294; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 vols. (Cambridge: Cambridge University Press, 1986); John Hart, *Revolutionary Mexico*, Berkeley: University of California, 1987.

norte, la ambivalencia del progreso, una mezcla del pasado y los aderezos del siglo xx, trastornó el equilibrio.<sup>5</sup>

Pero en realidad, ¿era posible que el padre de la modernización económica, el promotor de la infraestructura mexicana, se olvidara de su propio estado, dejándolo en el atraso, mientras que en el resto del país el capitalismo avanzaba a pasos agigantados?

Por supuesto que no. Oaxaca sí avanzó y vivió un *boom* económico. Los distinguidos oaxaqueños que tenían altos puestos políticos en la capital de la república, encabezados por el mismo presidente, tuvieron un vivo y muy directo interés en el desarrollo económico de su estado. Llegaron los ferrocarriles, las inversiones extranjeras y los comerciantes franceses, igual que en muchos otros estados. Se presenció un movimiento precursor de la revolución y levantamientos maderistas. Pero la historia de Oaxaca a fines del porfiriato es sumamente compleja y contradictoria, tan variada y fragorosa como su geografía. No sería posible construir un cuadro de la burguesía reformista triunfante como lo hizo Aguilar Camín para Sonora, ni un tan desolado atraso como el que pintó García de León para Chiapas. Se encuentra en Oaxaca un rico mosaico de casos diversos, desde regiones revolucionarias hasta recintos tradicionales y aislados.<sup>6</sup>

Mientras que en su apremiado ensayo de 1985, Romana Falcón ha señalado ya la necesidad de "revisar" el revisionismo, después de cerca de veinte años de producción, apenas se publicó el primer libro de la corriente revisionista sobre Oaxaca.<sup>7</sup> No obstante, los últimos tres años han visto surgir una impresionante producción de estudios que están contribuyendo a modificar la vieja imagen de Oaxaca. Se espera que pronto sean recogidos los frutos de estos esfuerzos en las obras sintéticas generales del porfiriato y de la revolución.

Ahora bien, es necesario constatar que la revolución (en términos amplios, de 1910 a 1940) es el tema que ha recibido mayor atención en los nuevos análisis regionales, y que corresponde al porfiriato una parte menor de la atención. Barry Carr, en su análisis de la literatura regional, afirmó: "Si hay algún fenómeno en la historia mexicana que exige un estudio cuidadoso a nivel regional y local, debe ser seguramente la época de la revolución y los años inmediatamente subsiguientes".<sup>8</sup>

Precisamente, el problema de muchos de estos estudios es partir de la revolución como si fuera un período independiente, el verdadero parte-

<sup>5</sup> Ramón Eduardo Ruiz, *The Great Rebellion Mexico, 1905-1924*, Nueva York: Norton, 1980, p. 23.

<sup>6</sup> Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, D. F., Siglo XXI Editores, 1979, 2ª edición; y Antonio García de León, *Resistencia y Utopía*, 2 vols., México, D. F., Ediciones Era, 1985.

<sup>7</sup> Víctor Raúl Martínez Vázquez, coordinador, *La Revolución en Oaxaca, 1900-1930*, México, D. F., Instituto de Administración Pública de Oaxaca, 1985.

<sup>8</sup> Barry Carr, "Recent Regional Studies of the Mexican Revolution" en *Latin American Research Review*, vol. XV: 1, 1980, p. 3.

aguas, y que es posible entenderla incluyendo, cuando mucho, un solo capítulo de antecedentes sobre el porfiriato. Tal vez una de las lecciones fundamentales que se aprendió dentro de esta investigación fue de la existencia de una continuidad básica entre el porfiriato y la revolución. Siguiendo los pasos de Bloch, se define el cambio y la continuidad como los dos problemas centrales del análisis histórico.<sup>9</sup>

Se cuestiona la visión del porfiriato como antecedente de la revolución. Se propone ponerlo de cabeza y estudiar la revolución como consecuencia del porfiriato. Afortunadamente, día con día, el porfiriato está perdiendo su denominación de "dictadura tiránica", que vendió el país a los extranjeros, para ser objeto de estudios serios, objetivos y sobre todo con un enfoque regional. El libro *Other Mexicos*<sup>10</sup> atestigua este hecho, al recopilar algunos estudios regionales sobre el porfiriato.

Además, ya los historiadores han tomado más clara conciencia de los usos políticos de la historia. Enrique Florescano ha estado desarrollando en varios trabajos<sup>11</sup> la idea de que cada época reescribe su historia para funcionalizarla como arma de dominación o de liberación. "Cada vez que un movimiento social triunfa e impone su dominio político sobre el resto de la sociedad, su triunfo se vuelve la medida de lo histórico: domina el presente, comienza a determinar el futuro y reordena el pasado". Así sucedió con el porfiriato y la revolución:

El derrocamiento de Porfirio Díaz y la segunda irrupción súbita e incontrolada de los indígenas y campesinos en la historia de México desbarataron la imagen optimista y progresiva que habían fabricado los historiadores porfiristas del desarrollo del país, al mismo tiempo que el proceso de la Revolución comenzó a delinear una nueva interpretación del pasado. El régimen de la "paz y el progreso" se convirtió en *la dictadura* y el pasado colonial recorrió los colores oscuros que le habían impuesto los indigenistas y liberales del siglo XIX. Gran parte del largo pasado se sataniza para justificar el orden social y político que busca crear la Revolución.<sup>12</sup>

Esta utilización política de la historia ha impedido un análisis lúcido del porfiriato; la revolución surgió en las historias escritas como una ruptura de tal magnitud que las continuidades históricas se desvanecían. Sin embargo, parece obvio el parentesco porfiriano de la revolución: el período de modernización de treinta y cuatro años con el período de diez años

<sup>9</sup> Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 27.

<sup>10</sup> Benjamin y McNellie, *op. cit.*

<sup>11</sup> Enrique Florescano, *El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana*, México, D. F., Cuadernos de Trabajo del Depto. de Investigaciones Históricas, INAH, núm. 33, 1980; "Los historiadores y el poder" en *Nexos*, núm. 46, octubre de 1981; "De la memoria del poder a la historia como explicación" en *¿Historia para qué?*, México, D. F., Siglo XXI, 1980.

<sup>12</sup> Florescano, "De la memoria..." pp. 93, 102.

de lucha armada y otros veinte de reconstrucción. Inclusive se popularizó el uso más despectivo de la nomenclatura: "porfiriato" sobre el anterior, más suave de "porfirismo".

Un ejemplo ilustrativo viene del magnífico estudio de Aguilar Camín sobre Sonora. Él afirmó que fue la revolución la que vino a romper el aislamiento de Sonora, narrando "la forma en que los jefes y los ejércitos sonorenses empezaron a colonizar una historia que hasta antes de la Revolución mexicana les fue ajena, y a partir de 1920, si puedo decirlo, subsidiaria".<sup>13</sup> Esto suena muy convincente, pero se puede preguntar: ¿cómo se explica el hecho de que el exgobernador de Sonora, Ramón Corral, ya dentro del porfiriato, fuese primero secretario de Gobernación y posteriormente vicepresidente? Esto no encaja con las afirmaciones de Aguilar Camín; si Sonora estaba aislada, ¿cómo fue que un gobernador suyo llegó a puestos centrales? Evidentemente, un estudio de las relaciones entre la región y el centro durante el porfiriato nos daría la respuesta. El evance norteño sobre la política mexicana estaba ya bien entrado, como lo ejemplificó también la enorme importancia del general Bernardo Reyes en el aparato porfirista. Es en el estudio del porfiriato donde se encuentra la clave de la comprensión, porque la revolución vino a culminar un proceso que nació y se desarrolló anteriormente.

Tal vez se acusará a esta posición de lo que Marc Bloch señaló como "la obsesión por los orígenes",<sup>14</sup> que tienden a padecer los historiadores. Pero si ya desde hace algún tiempo se está hablando acerca de las "revoluciones" en México o del "mosaico" de levantamientos,<sup>15</sup> los estudiosos no tendrán otra alternativa sino la de volver sobre la historia regional del porfiriato para analizar la gama de experiencias regionales que engendraron a estas muchas "revoluciones".

Por supuesto, esto no quiere decir que los investigadores se vayan a volver "porfiristas", pues hacer una apología del régimen no es el objetivo. Sencillamente, ahora se puede realizar un balance del porfiriato mucho más serio y analítico, con un mínimo de adjetivos. No se trata tampoco de condenar a la revolución, como lo hizo en algún momento la historiografía porfirista postrevolucionaria. Pero ahora sí es preciso sopesar la importancia de este esfuerzo de modernización y alejarse de los estereotipos que obstaculizan al análisis.

La historiografía tradicional existente sobre el porfiriato y la revolución en Oaxaca peca de ser excesivamente parcial. Fundamentalmente hay dos corrientes de interpretación, surgidas de los dos grupos que se enfrentaron militarmente en la contienda. Por un lado, están los porfiristas/soberanistas que defendieron al régimen de Porfirio Díaz y el derecho de Oaxaca a reasumir su soberanía en 1915. Por el otro lado, está la vertiente

<sup>13</sup> Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 9.

<sup>14</sup> Bloch, p. 27.

<sup>15</sup> Romana Falcón, *Revolución y caciquismo: San Luis Potosí, 1910-1938*, México, D. F., El Colegio de México, 1984, p. 15.

constitucionalista. Muchas de las obras que refieren al porfiriato y la revolución fueron escritas en forma de memorias por sus protagonistas. A pesar de que son lecturas indispensables, no resuelven los problemas básicos del análisis histórico.

Francisco Salazar, en su historia inédita de Oaxaca, defendió al porfirismo, y en particular al régimen del gobernador Emilio Pimentel (1902-1911), que era contador del gobierno del estado en esa época. La obra de Cayetano Esteva (1913), libro de cabecera, fue notablemente porfirista y antirrevolucionaria. Ángel Taracena, originario de Tabasco pero radicado en la ciudad de Oaxaca, defendió a capa y espada a don Porfirio, y después, la soberanía de Oaxaca, tanto en sus obras publicadas como en las inéditas. Y hasta la obra interpretativa de Manuel Brioso y Candiani resultó también bastante porfirista, a pesar de que él tuvo ligas con los precursores. Ya nos hemos referido al estudio pro-soberanista de Alfonso Francisco Ramírez. Las memorias del general Isaac Ibarra y de Leovigildo Vázquez presentaron la versión soberanista de Oaxaca.<sup>16</sup>

Por el otro lado, dentro de la corriente carrancista están los que buscaron demostrar la presencia del movimiento precursor y de la revolución misma en Oaxaca; ésta tuvo menos adeptos. La importante obra del ingeniero Jorge Tamayo, *Oaxaca en el siglo XX*, subrayó la fuerza del maderismo y del constitucionalismo y lo fallido de la soberanía, tratando de ubicar a Oaxaca dentro de las corrientes generales de la revolución. La obra de Guillermo Rosas Solaegui, quien fue soldado carrancista, intentó hacer lo mismo, con menos éxito.<sup>17</sup>

Jorge Fernando Iturribarria, el gran maestro de los historiadores oaxaqueños, autor de una obra impresionante, fue tal vez el más objetivo. No obstante, no se avocó al estudio de Oaxaca durante el porfiriato; su *Historia de Oaxaca*, de cuatro tomos, terminó precisamente en 1877. Su historia general del estado dedicó solamente 27 páginas al porfiriato (que hasta entonces era el tratamiento más extenso que existía). Sus simpatías por el porfiriato como un tiempo de "paz y tranquilidad" y por la soberanía son manifiestas aquí.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Francisco Salazar, *Historia de Oaxaca* (Oaxaca, 1912, inédito); Cayetano Esteva, *Nociones elementales de geografía histórica del Estado de Oaxaca*, Oaxaca, 1913; Ángel Taracena, *Apuntes históricos de Oaxaca desde los tiempos precortesianos hasta la época actual*, Oaxaca, 1941; Taracena, *Porfirio Díaz*, México, D. F., Editorial Jus, 1983; Taracena, *Gobernantes de Oaxaca* (inédito); Taracena, *Diccionario histórico y biográfico del estado de Oaxaca* (inédito); Manuel Brioso y Candiani, *La evolución del pueblo oaxaqueño*, México, 1941-43, 4 vols.; Isaac Ibarra Díaz, *Memorias del General de División Isaac M. Ibarra Díaz*, México, D. F., 1975; Leovigildo Vázquez, *La soberanía de Oaxaca en la revolución*, a través de las memorias del autor, México, 1959.

<sup>17</sup> Jorge L. Tamayo, *Oaxaca en el siglo XX*, México, 1956; Rosas Solaegui, *op. cit.* y *Un hombre en el tiempo*, México, D. F., Costa-Amic Editor, 1971.

<sup>18</sup> Jorge Fernando Iturribarria, *Historia de Oaxaca*, 4 vols., Oaxaca, Gobier-

Un caso contradictorio es el de Basilio Rojas, quien en sus tomos autobiográficos se reveló como porfirista de hueso colorado. Pero después, ya en plena revolución, por su cercanía con el general Manuel García Vigil, revolucionario oaxaqueño por excelencia, Rojas se volvió partidario de los obregonistas.<sup>19</sup>

Interrogando a estas obras no se pudo encontrar respuestas a las dos preguntas ya formuladas anteriormente. De hecho, nadie había estudiado el desarrollo económico o la estructura social. Había un pequeño estudio de Basilio Rojas sobre el cultivo del café en el estado, basado fundamentalmente en un estudio anterior de Matías Romero.<sup>20</sup> Las obras citadas arriba son estudios generales de perspectiva político-institucional, con poca preocupación por los aspectos económicos, sociales o culturales.

El cuestionario se ampliaba diario. ¿Qué impacto tuvo el desarrollo económico capitalista, estimulado por la política económica porfirista, en el estado de Oaxaca? ¿Qué consecuencias tuvo esta modernización en ese desarrollo? ¿Hubo inversiones de capital extranjero? ¿En qué sentido se mantuvo Oaxaca como un estado tradicional? ¿Qué pasó con las comunidades indígenas y con sus tierras comunales? ¿Qué relación había entre los sectores modernos y los tradicionales? ¿Cuál fue el impacto de la crisis económica de 1907 en el estado? ¿Cómo estaba estructurada la clase dominante y cómo se vinculaba con el poder político? ¿Qué desarrollo tuvieron los sectores medios? ¿Qué peso político tenían a fines del porfiriato? ¿Había surgido un proletariado como en otros estados? ¿Hubo huelgas? ¿Fue el porfiriato en Oaxaca realmente un período de paz y tranquilidad, como decía Iturrigarria? ¿Qué efecto tuvo para Oaxaca el legado político de Juárez y Díaz? ¿Hubo un movimiento precursor a la revolución? Y por fin, ¿por qué no se desarrolló la revolución en el sur, específicamente en Oaxaca, y sí en el norte de la república? Curiosamente, ésta fue la pregunta con la cual se inició la investigación; no obstante, se terminó realizando un estudio del porfiriato para encontrar las respuestas que aquí aparecen solamente parcialmente descubiertas.

Iniciada la investigación, se iba forjando una nueva imagen de Oaxaca, para los años aproximadamente entre 1892 y 1911. El estado fue un receptor importante de capital extranjero; pero también había una considerable cantidad de capital oaxaqueño, a veces independiente, a veces asociado con el extranjero. A principios de siglo, Oaxaca ocupaba el quinto lugar en toda la república en inversiones estadounidenses, antes que

no del Estado, 1982; *Oaxaca en la historia: de la época precolombina a los tiempos actuales*, México, D. F., 1955.

<sup>19</sup> Basilio Rojas, *Un gran rebelde, Manuel García Vigil*, México, D. F., Editorial Lux, 1965; *Epístolas del Gringo Blas al Cubano José*, México, D. F., 1978; *En ancas de Rocinante* (s.l., 1980). Manuel García Vigil fue primero reyista, luego maderista, constituyente, obregonista y al fin es ejecutado, siendo gobernador del estado, por su adhesión a la rebelión delahuertista.

<sup>20</sup> Basilio Rojas, *El Café*, México, D. F., Editorial Luz, 1965; Matías Romero, *El Estado de Oaxaca*, Barcelona, 1886.

Nuevo León, Sinaloa o San Luis Potosí. La población extranjera de Oaxaca había aumentado de 844 personas en 1900 a 2 026 en 1910.<sup>21</sup>

Primeramente, era claro que había que dejar de lado los prejuicios de la versión tradicional. No se podía juzgar a Oaxaca, a principios de siglo, por una situación que prevalecería posteriormente. La Oaxaca porfirista era distinta de la Oaxaca de la década de 1920 o 1930, o después. De hecho, Oaxaca vivió un momento de auge durante el porfiriato, por ser el estado natal del presidente y de muchos de sus más íntimos colaboradores, y por el momento histórico del ensanchamiento del mercado internacional. Entonces, se encontró que el desarrollo económico estimulado por la política económica porfirista y el proceso modernizador del capitalismo tuvieron en el estado un impacto mucho mayor de lo que habían imaginado los autores anteriores.

A la división de Oaxaca en siete regiones<sup>22</sup> definidas y al proverbial aislamiento geográfico del estado, el porfiriato propuso su panacea general: la construcción de la infraestructura, en especial los ferrocarriles. La ciudad de Oaxaca fue conectada con la ciudad de México y el puerto de Veracruz con la construcción del Mexican Southern Railway en 1892. Posteriormente, varias líneas pequeñas conectaron las regiones mineras de los valles centrales con la capital. La región de Tuxtepec recibió una salida para sus productos tropicales con un entronque del Ferrocarril Veracruz al Istmo, mientras que la rica región del Istmo fue estimulada por la construcción del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec. No obstante que estas líneas tuvieron un impacto sensible, la red ferroviaria no logró terminarse para integrar un sistema que promoviera la articulación de la economía estatal oaxaqueña.

En el siglo XIX, la minería era irregular y trabajada por pequeños capitales oaxaqueños, en haciendas de beneficio tradicionales. El porfiriato dio un enorme impulso a este ramo dando lugar a un verdadero *boom* minero en Oaxaca entre 1892 y 1911. Esto fue estimulado por la construcción de los ferrocarriles mencionados arriba. La minería se volvió un centro de atracción de los capitales nacionales y extranjeros que trajeron nuevas técnicas, aunque continuó siendo una actividad más modesta que en el centro o en el norte de la república.

En su momento, a algunos les pareció que la minería sería el agente de transformación del estado. La bella Antequera se volvió un próspero centro comercial y minero en la primera década del siglo que sostenía la publicación de *The Oaxaca Herald*, que decía ser el único periódico en

<sup>21</sup> Luis Nicolau D'Olwer, "Las inversiones extranjeras" en Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, El porfiriato, La vida económica, vol. II, México, D. F., Editorial Hermes, 1974, 2ª ed., p. 1134; Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del porfiriato, 1877-1910*, México, D. F., Talleres Gráficos de la Nación, 1956, p. 34.

<sup>22</sup> Las siete regiones de Oaxaca son: los valles centrales, la sierra Juárez, la Mixteca, el Istmo, la costa, la Cañada y la región de Tuxtepec.

inglés entre Buenos Aires y la ciudad de México. Su aristocrática élite se reunía en el exquisito teatro Mier y Terán para escuchar a las compañías operísticas de Italia, o pasaba sus ratos libres en las canchas de tenis y los campos de beisbol. Solamente entre 1902 y 1907, la minería de Oaxaca fue el recipiente de más de diez millones de dólares en inversiones extranjeras. En las afueras de la ciudad se empezó a construir la fundidora más grande y moderna de la república. Para 1910, había 40 compañías estadounidenses funcionando solamente en la región de Taviche, distrito de Ocotlán, en los valles centrales.<sup>23</sup> Pero tal auge resultó ser sólo una coyuntura del momento, estimulada por la expansión del mercado mundial y la gran exportación de capitales. Pasado el *boom*, Oaxaca retornó a su vida tranquila de ciudad comercial político-administrativa.

Durante el porfiriato, se difundió la agricultura capitalista y se modificó significativamente la tenencia de la tierra. Avanzó la propiedad privada, al surgir lo que se puede denominar como la finca porfirista mediana y pequeña, unidades dedicadas a los cultivos comerciales tropicales y subtropicales para los mercados extranjeros y nacionales que dieron lugar a una mayor diferenciación social del campesinado. Aumentó el número de haciendas, y las plantaciones manejadas por capitales extranjeros adquirieron gran importancia, sobre todo en el Istmo y en Tuxtepec. Entre 1883 y 1912, la cantidad de propiedades privadas agrarias de importancia se multiplicó por más de dos.<sup>24</sup>

La expansión del cultivo del café fue fundamental y ha sido desde entonces uno de los productos básicos de Oaxaca. Empezando en la región de Pochutla, transformó la economía de ese distrito por completo y se difundió entonces a Tuxtepec y Choapan, a la Cañada, al Istmo y a Miahuatlán, en el centro, y hasta Villa Alta en la sierra Juárez. Fue sin duda el producto que mayor impacto tuvo en el desarrollo del capitalismo en el estado; la producción de las fincas cafetaleras era el eje económico en esa época de varios distritos. Pero también tuvo gran importancia el cultivo del tabaco, tanto en la región de Tuxtepec, en el tristemente célebre Valle Nacional, como en la Mixteca Baja. Otros cultivos que ampliaron la influencia de la agricultura comercial fueron el azúcar, el algodón, el hule y los cítricos.<sup>25</sup>

Las transformaciones en la tenencia de la tierra condujeron a una mayor diferenciación del campesinado. Junto con los comuneros indígenas, minifundistas y terrazgueros (apareceros en Oaxaca) aparecieron los cuasi-esclavos de Valle Nacional, y un aumento importante de rancheros y de jornaleros agrícolas. Los cafetaleros, pequeños y medianos propietarios, adquirieron importancia ahora entre la clase media rural.

Se identificó entonces como regiones que se pueden denominar de des-

<sup>23</sup> Véase el capítulo sobre la minería en mi tesis doctoral, *Oaxaca: Del porfiriato a la revolución, 1902-1911*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

<sup>24</sup> Chassen, véase el capítulo sobre "Continuidad y cambio en la agricultura".

<sup>25</sup> Véase *ibid.*

arrollo porfirista, precisamente las que componían las de producción tropical y subtropical, cuyas propiedades agrarias se incrementaron a raíz de la política económica de la época. Estas regiones recibieron la mayor parte del capital extranjero invertido en la agricultura, que en Oaxaca fue considerable. El surgimiento de la finca porfirista simbolizó el desarrollo del capitalismo en el agro, distinguiéndose de la hacienda de la colonia que se dedicaba a los cultivos tradicionales. Un buen ejemplo de esto fue la finca cafetalera El Faro, del distrito de Cuicatlán. El café de esta finca tuvo tanto éxito que la compró el mismo Porfirio Díaz, en cuya mesa, en la casa de la calle de la Cadena, en México, nunca faltaba el buen café oxaqueño.

Como regiones de desarrollo de agricultura comercial porfirista podemos distinguir cuatro: 1) Tuxtepec-Choapan; 2) Istmo (distritos de Tehuantepec y Juchitán); 3) la Cañada (distritos de Cuicatlán y Teotitlán); y 4) la costa (distritos de Pochutla, Juquila, Jamiltepec y Putla). Comprensiblemente, fueron estas regiones las que también vieron el crecimiento de más centros urbanos comerciales (aunque pequeños, en comparación con los de otros estados). Las primeras tres regiones recibieron durante el porfiriato el estímulo de salidas ferrocarrileras, mientras que la costa dependía de sus puertos: Puerto Ángel, Salina Cruz y el puerto improvisado de Minizo, cerca de Pinotepa Nacional.

Pero la Oaxaca de las comunidades indígenas, con sus tierras comunales, que exitosamente habían desafiado la desamortización de sus tierras, sobrevivió al porfiriato. También se mantuvo la hacienda tradicional, que existía para proveer a los mercados regionales y locales. Continuaban vigentes los viejos acuerdos verbales con aparceros y medieros para la mano de obra; en Oaxaca, el peón acasillado era la excepción. Donde eran influyentes estas haciendas tradicionales, el número de propiedades privadas agrarias tendía a mantenerse estacionario, como ocurrió en muchos de los distritos de los valles centrales.

Aquí se hace visible lo contradictorio de Oaxaca: al lado del desarrollo de la agricultura capitalista, prosperaba la comunidad indígena. Pero no es aceptable reducir esta situación mecánicamente a un dualismo, a una simple lucha entre lo moderno y lo tradicional. Más bien se vislumbra una relación dialéctica, una íntima relación donde el capitalismo se entretejía con las fuerzas tradicionales precapitalistas, y éstas se adaptaban para sobrevivir. Se producía en Tuxtepec un tabaco fino, para el mercado mundial, con mano de obra cuasi-esclava. El indígena chinanteco de esa región vendió y perdió su mejor tierra con el hacendado español, cubano o canario, para terminar como sirviente de casa o cultivando un minifundio, y ocasionalmente como trabajador asalariado, mientras que la mano de obra enganchada se importaba del resto de la república.

Bajo la presión del cacique serrano, las comunidades zapotecas de la Villa Alta en la sierra Juárez dedicaban una parte de sus tierras comunales al café, que él comercializaría, pero que mejoró la situación de los

pueblos con la entrada de moneda. Los indígenas de la región costeña de Pochutla resistían violentamente la entrada del café. Algunos fueron enganchados contra su voluntad para trabajar en los cafetales, otros terminaron ellos mismos como cafetaleros. En el Istmo, el indígena se opuso al avance de las plantaciones de productos tropicales y de los ranchos ganaderos sobre sus tierras comunales, siempre en pliego legal contra los hacendados. Muchas veces fue presionado a trabajar como jornalero agrícola en las propiedades grandes, pero lograba mantener su pedazo de tierra para sostener a su familia. La dialéctica entre la propiedad privada capitalista, el minifundio y la tierra comunal fue sumamente compleja; entrañaba lucha, adaptación y simbiosis. El capitalismo pudo funcionar manteniendo las viejas relaciones de producción; pero este matrimonio de contrarios terminó por restringir el avance capitalista, en vez de impulsarlo.

En cambio, la industria nunca pudo despegar, por el arraigo de la artesanía, y permaneció bastante estacionaria durante el porfiriato, para ser golpeada seriamente por la crisis de 1907. El hecho de que no se realizara una acumulación originaria de capital que disociara a los productores de sus medios de producción (campesinos de sus tierras comunales o artesanos de sus talleres), funcionó como un freno insuperable para el desarrollo del capitalismo.

El comercio local y regional continuó funcionando, al encontrar sus raíces en el sistema precolombino de mercados locales. La mayoría de las comunidades indígenas fue bastante autosuficiente, al vincularse sus excedentes a estos sistemas comerciales regionales. Se incrementó la producción para los mercados nacionales y extranjeros y se aumentó la importación de bienes extranjeros. Las regiones que fueron impulsadas por el desarrollo porfirista (la Cañada, Tuxtepec-Choapan, el Istmo, la costa y el centro) estrecharon sus relaciones con el extranjero y con los estados limítrofes de Puebla, Veracruz, Chiapas y Guerrero.

No obstante, la crisis de 1907 vino a vulnerar al auge porfirista: la minería recibió un impacto considerable, lo mismo que la agricultura de productos de exportación, cuyos precios descendieron. Comprensiblemente, fue afectada la industria textil, lo cual encadenó una baja en la prosperidad comercial de importación y exportación. Esta crisis vino a demostrar la fragilidad de las transformaciones en Oaxaca.

Con respecto a las clases sociales, se reflejaron aquí las debilidades del proceso modernizador. La clase dominante, compuesta por mineros, comerciantes, hacendados e industriales, se mantuvo cerrada y oligárquica, a pesar de la infusión de inmigrantes y extranjeros residentes, al cohesionar alrededor de ella a los sectores medios altos de profesionales. Careciendo de un proyecto de desarrollo definido y sin sentir la necesidad de ensanchar su participación en el poder económico y político, realizaba una obra social elitista. El estado tuvo uno de los índices de analfabetismo más altos del país.

El catolicismo, en sí mismo en proceso de cambio debido al impacto

de la *Rerum Novarum* y a las ideas modernizantes del influyente arzobispo Gillow, acrecentó su presencia ya imponente sobre la sociedad oaxaqueña. Ésta se sintió tanto entre las clases privilegiadas como entre los artesanos y el incipiente proletariado (con su bien organizado proyecto de los Círculos Católicos de Obreros), y entre los campesinos, a través de las fiestas religiosas.

Cuando en 1902, Oaxaca hizo frente a la primera crisis política del siglo, era uno de los estados más importantes de la república. El hecho de que posteriormente perdiera esta preeminencia no debe confundir la apreciación de Oaxaca en la última década del porfiriato. Fue un estado exportador de productos agrícolas tropicales y de metales preciosos, y receptor de importantes cantidades de capital extranjero. Tenía además en su territorio el importante y estratégico Ferrocarril Nacional de Tehuantepec y el moderno puerto de Salina Cruz. En términos políticos, era el estado natal de Juárez y de Díaz, además de muchos otros destacados hombres de Estado. Inclusive, Brading afirmó que a partir de 1867 el Estado mexicano había sido realmente reconstituido por Juárez y por Díaz, quienes se convirtieron en su encarnación misma.<sup>26</sup>

El modo en que Porfirio Díaz afianzó su poder fue a través de la centralización política, acrecentando el dominio del centro sobre los estados. Se avocó a la destrucción de los caudillos y cacicazgos que se le opusieron, integrando a los que se sometieron a su régimen. Para realizar esta obra, utilizó hombres de su confianza, y entre ellos, los oaxaqueños jugaban un papel vital. Bulnes se quejaba de que Díaz fuese tan "oaxaqueñista" como Juárez, y de que en 1886, de los 227 diputados a la Cámara Nacional, 62 fueran oaxaqueños. Díaz utilizó a sus paisanos como gobernadores, jueces de distrito o circuito, jefes de Hacienda, administradores del Timbre, inspectores de Hacienda o secretarios generales de Estado, por no hablar otra vez de diputados. Eran los "jesuitas" del porfirismo.<sup>27</sup> Entre ellos se podría señalar a Matías Romero, Félix Romero, Manuel Dublán, Ignacio Mariscal, Rosendo Pineda, Miguel Bolaños Cacho, Esteban Maqueo Castellanos, y su propio sobrino, Félix Díaz.

Para controlar su propio estado, el presidente mandaba como gobernadores a militares absolutamente leales, en su mayoría originarios del estado, pero desligados de los intereses locales. Ellos mantenían informado al presidente de todo lo que pasaba en su tierra. Algunos gobernaban tratando de encaminar el estado al camino del progreso, como Luis Mier y Terán y Gregorio Chávez, y otros pecaban de arbitrariedad, como Martín González, cuyos excesos desembocaron en la crisis electoral de 1902. La élite oaxaqueña era completamente fiel al hombre "necesario", y él la favorecía abiertamente.

<sup>26</sup> Brading, p. 5.

<sup>27</sup> Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución*, México, D. F., Ediciones Coma, 1982, pp. 181-82.

La crisis de 1902, en que los sectores medios hicieron su primera entrada en escena como partidarios de la candidatura malograda de Félix Díaz, fue resuelta con la llegada a la gobernatura de Emilio Pimentel. Este abogado y diplomático, oriundo de Tlaxiaco, formó parte de la renovación política porfirista que se venía dando desde la década de 1890, cuando los gobernantes militares empezaban a ser desbancados por burócratas mejor preparados para la administración pública. Wasserman ha descrito cómo Enrique Creel, diplomático y miembro del grupo de los científicos, muy cercano al capital extranjero (hijo de un estadounidense), reemplazó a su propio suegro, el rudo general Terrazas, en Chihuahua, ejemplificando este cambio de guardia.<sup>28</sup> La crisis que arrojó al popular general Martín González del palacio de poderes de Oaxaca ya había augurado este tipo de cambio. Pimentel no era solamente el primer gobernador civil porfirista de Oaxaca, sino también miembro fundador del grupo de los científicos. Este hecho tuvo un notable significado para Oaxaca, pues introdujo al estado desde un principio en el faccionalismo intraélite, entre científicos y anticientíficos, dentro de la política nacional.

Mientras que Pimentel se esforzaba por estimular el crecimiento económico del estado y mantenía estrechas relaciones con los inversionistas extranjeros, su política era exageradamente elitista. Esto afectó el desarrollo del movimiento liberal precursor en el estado, donde el anticientificismo era un elemento de cohesión. Ciertamente, era más efectivo para unir a la oposición que el antiporfirismo, que nunca prosperó en el estado nativo del presidente.

Fue el desarrollo de los sectores medios, altos y bajos, tanto urbanos como rurales, y su protesta contra el *statu quo* económico y político, lo que atestiguaba las transformaciones capitalistas. Ellos fueron los que entraron a las filas de la oposición, exigiendo lo mismo que se reclamaba en tantos otros estados de la república: la democratización del sistema político, incluyendo las garantías individuales, el sufragio efectivo, la educación, etcétera. Pero su lucha era difícil por lo débil de sus fuerzas en un estado donde el capitalismo iba cuesta arriba.

En la política, lo moderno también se vinculó con los usos tradicionales. El caciquismo y el caudillismo mandaban; el pleitismo entre los pueblos predominaba sobre la lucha entre las clases. Esto convenía perfectamente a un gobierno elitista que no tenía el menor deseo de abrir el juego político, para dar lugar a las clases sociales, que pedían justicia social.

Al mismo tiempo, pesaba sobre los sectores privilegiados la herencia juarista y porfirista. Interpretándola a su modo, la clase dominante la utilizaba para justificar su régimen; los sectores medios la atendían de otro modo y buscaban un sistema más democrático. El dilema de éstos era: ¿cómo romper con un sistema sin romper con su máximo dirigente? Su

<sup>28</sup> Mark Wasserman, "The Social Origins of the 1910 Revolution in Chihuahua" en *Latin American Research Review*, 15 (I), 1980, p. 17.

lucha se debatía y se debilitaba en esta contradicción. El arraigo de Porfirio Díaz en su propio estado era tal que la oposición se gestionó en torno al gobernador, sin atacar al presidente.

Esta obra se ha esforzado por rescatar la historia del movimiento precursor en Oaxaca. La oposición en el estado se formó en torno a los problemas locales, sobre todo contra los abusos de las autoridades (jefes políticos, jueces y recaudadores de rentas). Al resurgimiento del liberalismo mexicano, iniciado por los potosinos, Oaxaca respondió con la formación del Club Liberal de Cuicatlán. Pero su mayor contribución a esta causa fueron los hermanos Flores Magón, nacidos en Teotitlán. Ellos siempre mantuvieron estrechos contactos con los liberales de su tierra natal.

La columna vertebral de la oposición en Oaxaca fue la Asociación Juárez, que a partir de 1905 se radicalizó e inició la publicación de su órgano, *El Bien Público*. De acuerdo con la creciente influencia del liberalismo a través de la nación, la Asociación Juárez, como su nombre lo indica, encontraba su razón de ser en la defensa de la tradición juarista encarnada en las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857.

Mientras que su periódico denunciaba las arbitrariedades y la represión política, entre sus filas empezaba a sentirse una escisión entre moderados y radicales. Frente a la primera reelección de Emilio Pimentel en 1906, el ala radical quiso apoyar una candidatura de oposición, mientras que la moderada aconsejaba la abstención. Los radicales iniciaron la publicación de su propio periódico, *La Semecracia*, pero sus editores pronto terminaron en la prisión. Fueron los radicales quienes se unieron al magonismo, planeando una rebelión en 1906. El descubrimiento de la supuesta rebelión permitió a las autoridades descabezar el movimiento de oposición en Oaxaca, y mandar a sus dirigentes a la cárcel durante los siguientes cuatro años.<sup>29</sup>

La correspondencia entre la actividad de los precursores y las regiones de desarrollo porfirista sobrepasa; la mayor actividad se realizó en la ciudad de Oaxaca, en la Cañada en Cuicatlán, en el Istmo y en Tuxtepec. Fueron los distritos donde los cambios económicos y sociales habían tenido mayor impacto y donde adquirió más influencia el liberalismo militante. Los sectores medios ya estaban dispuestos a actuar para exigir un sistema más democrático y para remediar las injustas condiciones económicas y sociales. Pero la represión ejercida entre 1906 y 1908 fue muy dura y forzó a la oposición que se quedaba a una retirada estratégica. Cuando se presentó de nuevo una coyuntura, sin embargo, la misma gente se encontraría en la lucha.

Esta oportunidad vino con las elecciones de 1910. Oaxaca fue incluida en la gira maderista de ese año, aunque no se puede decir que Madero haya sido recibido muy calurosamente por los oaxaqueños. Pero las elecciones se animaron cuando el hijo del benemérito aceptó entrar en la con-

<sup>29</sup> Véase Chassen, tesis, capítulo sobre "El movimiento precursor".

tienda para la gubernatura. Aunque Juárez Maza no hizo gran gira por el estado, su prestigio era enorme; inquietó a las élites y animó a la oposición. Esta cerró filas alrededor de su candidatura y la clase dominante lo condenó por ingrato al presidente, que le había dado tan buen trato.<sup>30</sup>

Derrotados Madero y Juárez Maza en las urnas, la oposición oaxaqueña siguió a la revolución. Los mismos que formaron la Asociación Juárez en 1905 se encontrarían luchando juntos en la revolución. La historia de los levantamientos revolucionarios en el estado se empieza a vislumbrar en estas páginas, pero falta una investigación particular sobre el asunto. Aquí se concentró sobre tres casos: la rebelión de Sebastián Ortiz en Tuxtepec, el conato que se tramaba en la capital del estado y el fascinante caso de la Costa Chica, en que se opusieron rancheros maderistas, indios "reaccionarios" e invasores guerrerenses.<sup>31</sup> Aunque Oaxaca no fuera el escenario de grandes batallas famosas de la revolución maderista, los opositoristas sí participaron de varios modos en la lucha por la renovación política.

Cuando la revolución se desató en el estado por la Cañada, la Mixteca y la costa, y las tropas llegaron casi a las puertas de la capital, el régimen porfirista entró en una grave crisis que en Oaxaca se llamó la danza de los gobernadores; en menos de dos meses, el estado tuvo seis gobernadores distintos. El desenlace de esto fue el triunfo de los sectores populares, los cuales impusieron a su candidato, Heliodoro Díaz Quintas, quien había sido presidente de la Asociación Juárez en 1905. Con su elección se cerró el círculo: triunfó de nuevo el juarismo sobre el porfirismo. Esta obra termina con el efímero triunfo de la revolución en Oaxaca.

El contrapunteo del juarismo y el porfirismo en el estado de Oaxaca, lo marca como a Caín. Los elementos más radicales fueron eliminados, o bien físicamente por el asesinato, o terminaron por irse del estado, como Ángel Barrios, quien ingresó a las filas zapatistas. Los dirigentes del ala radical habían empuñado las armas revolucionarias en el estado, creando el Ejército Libertador del Sur. En el momento de la victoria maderista se encontraban en la Cañada, mientras que el ala moderada se enseñoreó de la capital (sin haberse levantado en armas). Una situación semejante es la que encontró Joseph en el caso de Yucatán: los reformadores radicales terminaron en el fracaso. Queriendo usar al Estado para alterar las cosas, resultaba que el Estado los había utilizado a ellos.<sup>32</sup> Los caciques y los caudillos sobrevivieron en Oaxaca también.

<sup>30</sup> Véase Chassen, tesis, capítulo sobre "La crisis del porfirismo y la revolución mexicana".

<sup>31</sup> Estas categorías han sido desarrolladas por Héctor Martínez en "Génesis y desarrollo del maderismo en Oaxaca (1909-1912)" en Martínez Vázquez, *op. cit.*, p. 115.

<sup>32</sup> Véase Gilbert M. Joseph, *Revolution from Without Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Durham: Duke University, 1988, edición revisada e "Introducción" de Knight en *ibid.*, p. xv.

Pero, ¡qué ironía!, la historia puso como candidato opositor al hijo del Benemérito en la elección para gobernador de 1910. La misma ironía lo enfrentó con el sobrino del dictador en la contienda gubernamental en julio de 1911; parecía un chiste para esta fecha presenciar el enfrentamiento de un Juárez contra un Díaz. Como si el destino estuviera jugando con los oaxaqueños, atrapándolos en tradiciones férreas y contradictorias. La Revolución mexicana en Oaxaca se entretejió con este juego histórico, que requiere mucha más investigación y mucha más reflexión para ser desentrañado.

Inicialmente se quiso entender por qué se desarrolló la revolución en el norte y no en el sur, específicamente en Oaxaca. La pregunta se tiene que modificar, porque ya se ha encontrado la nueva información que se presenta aquí. En Oaxaca sí hubo un movimiento precursor vigoroso y levantamientos maderistas. La revolución sí surgió, a pesar de que iba en contra de la dominación política del sur ejercida desde mediados del siglo XIX. Pero el desarrollo del capitalismo no avanzó tanto en el sur como en el norte y en el centro; los sectores medios, tanto urbanos como rurales, no tuvieron la fuerza suficiente ni las posibilidades de mantener e imponer su dominio, como en otras regiones, para llevar adelante mayores transformaciones económicas y políticas. En Oaxaca los sectores de servicios, el proletariado urbano y rural, estaban apenas en formación. Los aliados históricos necesarios de los sectores medios no estaban presentes con la fuerza requerida para llevar adelante su proyecto.

Se ha tratado aquí de cuestionar los estereotipos, para avanzar en la explicación y comprensión del proceso histórico oaxaqueño. De hecho, es lo que está logrando toda la corriente de la historia regional para este período, mostrando un panorama más rico y más complejo, que viene a poner en duda las fáciles generalizaciones de la supuesta "historia nacional". Están apareciendo, para el México porfirista y revolucionario, varias situaciones distintas de desarrollo económico, estructuras sociales más diferenciadas que desmienten la vieja visión hacendado/peón acasillado, situaciones que dieron lugar a movimientos precursores y revolucionarios de varia naturaleza, en las diferentes regiones del país. El caso de Oaxaca, por mucho tiempo olvidado y desconocido, ya se está esclareciendo; se espera que este primer acercamiento al tema estimulará discusiones y más investigaciones sobre el tema.